



***Humor en tiempos revueltos. El final de la guerra fría en viñetas (1979-1989)***

Coral Morera Hernández

Ediciones Universidad de Valladolid, Valladolid, 2018

133 páginas

Reseña por Daniel Moya López

DOI: <https://dx.doi.org/10.12795/RiHC.2020.i14.21>

## LA GUERRA FRÍA EN VIÑETAS: EL HUMOR GRÁFICO EN EL FINAL DE UNA SOCIEDAD DE DOBLE POLARIDAD

En los últimos compases de un tumultuoso siglo XX la Guerra Fría, en su concepto más clásico, se cerraba. Francis Fukuyama proclamó su famoso *Fin de la Historia*, y Estados Unidos se erigió en vencedor frente a una Unión Soviética que se diluía para modelarse a Rusia. La Guerra Fría fue el último gran acontecimiento histórico, a la espera de que el tiempo y la capacidad de la Historia debore los inicios del siglo XXI.

Del final de la Guerra Fría, concretamente de su tratamiento en las viñetas de *La Vanguardia*, *ABC* y *El País*, habla Coral Morera Hernández (Universidad de Valladolid) en su obra *Humor en tiempos revueltos. El final de la guerra fría en viñetas (1979-1989)*. Un estudio, sin duda, interesante desde diversas perspectivas, no sólo por el contexto histórico abarcado.

Las viñetas, en un mundo periodístico cada vez más plano y homogéneo (si bien en los ochenta esta percepción no estaba tan acentuada), se erigen como ese vestigio de periodismo crítico que aún puede encontrarse en las páginas de un periódico. Se configura como un elemento dinámico, cargado de posibilidades de decir sin exponer ni una sola letra, de dar alas a la imaginación del receptor. Analizar el periodismo de viñetas es un ejercicio muy sano.

Lo primero a destacar de la obra de Morera Hernández es el gran corpus que maneja, con todas las viñetas referencia a la Guerra Fría en el periodo indicado en *La Vanguardia*, *ABC* y *El País*, los tres grandes diarios de la época. Aunque el libro no pretende ser un catálogo, éste es probablemente el punto más fuerte del mismo.

La primera parte se centra en una exposición teórica del periodismo de viñetas y una categorización del humor, en la que Morera Hernández destaca que estos creadores “elevaron el trazo humorístico a la categoría de arte” (pág. 22), recogiendo el sentir y el estado de opinión más allá de las versiones oficiales (pág. 24). La guerra, aunque ésta fuera de nevera, siempre ha tenido en el humor una pareja bien avenida en el siglo XX (pág. 26). Sea cual sea su uso, el humor gráfico es una manera muy eficaz de llevar un mensaje a la población. Antes de meterse de lleno en las viñetas, la autora establece una breve biografía de los principales dibujantes de este periodo en tales medios.

El estudio de Morera Hernández queda bien acotado temáticamente. Aparece, en primer lugar, el desarme, a través del famoso SALT II o las cumbres y conversaciones en Madrid, Estocolmo, Ginebra o la ruptura de Reykjavik. Posteriormente aparecen las crisis, éstas procedentes de Polonia en 1981 con la bruta doctrina de Brézhnev, el avión surcoreano derribado por los soviéticos, o la invasión de Granada y la guerra contra Libia, actos protagonizados por Estados Unidos. Finalmente, llega el análisis del entendimiento, del final del final, con las cumbres de Washington, las de Moscú, las de Malta, y el broche que suponía la ejecución de Ceaucescu en Rumanía.

Finalmente, Morera Hernández realiza una discusión, previa a las conclusiones, individualizada por los distintos medios. *La Vanguardia* es destacada por su carácter más descriptivo, más humorístico, mientras que *ABC* recibe el ingenio y la lucidez en sus publicaciones. Por su parte, *El País* recibe una idea más negativa en tanto que estigmatiza y abestia la imagen de Estados Unidos, en general, y Ronald Reagan, en particular.

El mayor lunar que presenta la obra es, precisamente, ése que emana de la última afirmación: un sesgo favorable a la causa y visión estadounidense que rompe con aquello de ni los buenos son tan buenos, ni los malos son tan malos. Un sesgo especialmente tendente a ensalzar la figura de Ronald Reagan, figura “estigmatizada” por la “campaña antiamericana” de parte de la prensa, a juicio de la autora. La sensación es que las viñetas y sus creadores están bastante lejos de estas interpretaciones, menos neutras que lo que se pueda extraer del contenido de las mismas. Sin ir más lejos, una viñeta (pág. 66) podría ser un buen indicativo. Máximo, de *El País* (periódico que según las conclusiones de Morera Hernández pierde credibilidad por su sesgo ideológico (pág. 120)), deja desierto el premio Nobel de la Paz, pero en el pódium, Reagan ocupa la segunda plaza, en detrimento de un Gorbachov que se queda en el tercer puesto del cajón. También en *El País*, Gallego y Rey, reflejan a un Bush victorioso frente al derrotado Gorbachov (pág. 105). O Mingote, de *ABC*, que pide “dejar de esa tontería de jugar a buenos y malos, hoy jugaremos a malos y malos” en una de sus viñetas (pág. 83).

Dicho esto, la obra de Morera Hernández es un documento de útil consulta para acercarnos al humor gráfico, a las viñetas, en un periodo que tuvo el corazón cogido de un puño a una sociedad aún en proceso de globalización. Y en ese estrés, ansiedad, en esos tiempos de incertidumbre en el que la Guerra Fría calentaba la sesera de lo que podría pasar en futuros próximos, las viñetas ilustraron el sentir de la población de una manera cercana que rompía, nunca mejor dicho, el hielo. Y es que, gracias a la recopilación de Morera Hernández, es inevitable sacar alguna sonrisa contemplando este arte cotidiano. Y la risa siempre cabe en cualquiera que sea el tiempo.